

mientos. Una emoción puede extenderse por una reunión de gentes con una intensidad completamente desproporcionada con su origen en la vida, ó en el pensamiento ordinario del individuo. Sighele ha establecido este principio con gran riqueza de ejemplos (1), y un autor moderno ha intentado un cálculo del efecto sobre un individuo; confundido en una multitud, de todas las sugerencias que recibía de las expresiones emocionales y vocales de los demás miembros de la multitud. Le Bon (2) ha pintado también recientemente y con mucha viveza la conducta de las multitudes bajo la sugestión social que les hace moverse en masa en busca de una idea cuya expresión hiere el oído y excita los impulsos.

§ 5.—TEORÍA DE LA ACCIÓN DE LA MULTITUD

151. Con estas descripciones á la vista referentes á nuestro objeto, podemos buscar el lugar de esta clase de fenómenos en la teoría de la evolución social. En primer lugar, se puede decir, con alguna seguridad, que la tentativa de formar un concepto fructífero de la sociedad por los actos de la multitud dominada por el influjo de estas sugerencias imitativas, me parece arduo y antifilosófico en extremo. Si el reino de la moda en la costumbre social, en el pensamiento y en el sentimiento, y el reino de la sugestión en la multitud, son capaces de proporcionar los datos para la fórmula de que depende el movimiento de la sociedad actual, también los movimientos pasados y futuros del desarrollo social deben explicarse por la misma fórmula. El agua no puede elevarse á mayor altura que la de su origen. Si la acción de la multitud es el nivel del estado social moderno, entonces multitud debe haber sido siempre la sociedad, y multitud seguirá siendo. Las fuerzas reales impulsivas deben en ese caso haber sido los individuos cuya ley ó capricho rige las masas. Necesitamos ver el lugar de la acción colectiva en el

(1) Sighele. *La Foule criminelle*.

(2) Le Bon. *La Foule*.

movimiento social, para colocar las sensaciones emocionales que el individuo siente en presencia de una sugestión social enérgica, juntamente con el resto de su vida mental, y para preguntar hasta qué punto constituye un elemento permanente en sus actividades sanas, ó en las actividades sociales que han quedado cristalizadas en los juicios de su época. Una vez hecho esto, se ve inmediatamente que estos influjos plásticos son en sí mismos meros actos espontáneos, excepto cuando se apoyan en los movimientos más profundos del medio social, ó representan los movimientos más profundos de la vida mental individual. Sólo entonces tienen vitalidad; pero no porque sean objeto de sugestión en la multitud. Su valor, por el contrario, procede del hecho de que representan fuerzas ya eficaces. Estoy dispuesto á decir, tratando de comprender el carácter de esta clase de sugestión social en una sola frase, que el espíritu de una multitud es una cosa esencialmente temporal, inorganizada, no efectiva. Y se pueden citar sus caracteres más particulares en demostración de esto. Casi no valdría la pena de tratar el asunto si no fuera para explicar semejante fenómeno social, y por la escuela de autores que se empeña en pensar que describiendo la multitud resuelven los problemas de la vida social. Además; espero poder arrojar alguna luz sobre las fases más sutiles de la sugestión social.

Las características de las sugerencias sociales sobre que opera la multitud, demuestran que no son más que sugerencias. No son verdades, ni argumentos, ni ideas, ni invenciones. Son fragmentos cogidos acá y allá, briznas, muchas veces palabras y nada más que palabras. El tipo del proceso mental que se exige para la recepción de estos proyectiles del espíritu, está también muy exactamente caracterizado por la palabra «sugestibilidad». El espíritu sugestible tiene señales muy bien conocidas. Balzac se da cuenta de ello en *Eugénie Grandet*, cuando pregunta: «¿será posible que el hombre, colectivamente, no tenga memoria?» Podemos recorrer la lista de las funciones mentales haciendo la misma pregunta para

cada una de ellas. ¿Es que el hombre, colectivamente, no piensa, ni tiene sentido de los valores, ni intención, ni dominio de sí mismo, ni responsabilidad, ni conciencia, ni voluntad, ni motivos, ni fines? La respuesta á cada una de estas preguntas será siempre la misma: no, no los tiene. La conciencia sugestible es la conciencia que no tiene pasado ni futuro, ni altura, ni profundidad, ni desarrollo, ni relación con nada; solo tiene dentro y fuera. Recibe y reobra—esto es todo lo que se puede decir de ella. Recibe toda semilla y enloquece con la acción. Las cosas más notables en ella son su extremada falta de pensamiento y su extraordinariamente rápida excitación. Una sugestión sin sentido sobre una multitud, puede producir una explosión de emociones y de actos que borre algunas de las líneas de demarcación de una época. Esto han afirmado autores recientes.

La cuestión real es la siguiente: ¿Qué deducciones debemos sacar de los hechos que muestran que el hombre más irracional, caprichoso, impulsivo, exagerado en sus amores, es una reunión de hombres? ¿Podrá ser cierto que estos fenómenos representan, ó el origen de que la sociedad ha nacido, como pretenden algunos escritores modernos,—sacando de esto una conclusión favorable al individualismo,—ó el objetivo á que tiende la sociedad, como otros pretenden lamentablemente para justificar el pesimismo social? ¿Tenemos aquí la prueba que el individuo es el producto humano más sabio, en vista del lamentable producto de la acción colectiva de su tipo, ó de que la democracia encuentra su realización en la confusión social, en vista de la omnipresencia de la multitud?

152. Naturalmente, nuestra respuesta á la primera de estas preguntas es negativa. La sugestibilidad social no puede ser la forma original de la vida del hombre, porque entonces habría un abismo absoluto entre él y el mundo animal, en el cual la dotación instintiva en direcciones definidas tiene la supremacía. Además, la organización social que ya tenemos habría sido tan imposible á partir de tal principio,

como los pesimistas temen que lo será cuando ese estado de cosas vuelva al dominio de la pura democracia. La multitud que hace hoy y olvida mañana, que hoy mata y mañana pide gracia de la vida, que edifica un día y destruye al siguiente, sería un triste recurso con que contaría el espíritu de la idealidad social para marchar por un camino de progreso en el mundo. No; la teoría atavista de la sugestión social, no es la verdadera teoría; la multitud no es una reversión al tipo primitivo de la vida humana (1).

153. El otro punto de vista que hoy día se sostiene algunas veces, debemos negarlo con la misma decisión. Los fenómenos de sugestibilidad social no dan la clave para la inteligencia del porvenir, en el sentido de que la multitud sea la fuerza social típica y dominante. El progreso de la sociedad es un progreso en la educación, en la riqueza de las tradiciones, en la continuidad del desarrollo. Precisamente estos progresos están en abierta oposición con la actividad impulsiva y casualmente explosiva de la multitud. La pérdida de la identidad y de la coherencia social por parte del individuo cuando es arrastrado por un movimiento popular, se hace bien resaltar en el dicho común de que aquel hombre ha «perdido la cabeza». Esto es cierto; pero después recobra su cabeza y se avergüenza de haberla perdido. Su sitio normal en la sociedad está determinado por los sucesos de aquella parte de su vida durante la cual conserva la cabeza. Y lo mismo es cierto de los sucesos que ocurren en la vida del grupo social como un todo.

Semejantes teorías descansan en el examen superficial de las actividades que contribuyen á la formación y desarro-

(1) No se puede decir que represente lo que hemos llamado cooperación social «espontánea», puesto que, existiendo en la época superior reflexiva, tiene todos los recursos, especialmente para la acción destructiva de la sociedad establecida y organizada; y más especialmente, porque no tiene los caracteres de robustez que corresponden á los individuos de aquella época. La tendencia á la sugestión «contraria» y á la «oposición» individual faltan por completo en la multitud.

llo de las instituciones. No es la multitud—sea esta multitud particular la de un populacho que hace un linchamiento, un motín, una cámara de diputados, ó un senado Jingo—la que impulsa ó dirige los movimientos fructíferos de una época; decir esto, equivaldría á invertir la relación de causa á efecto. Las verdaderas fuerzas que trabajan son la herencia, el instinto, la tradición, la inteligencia, el influjo personal de determinados individuos, etc. Estos son los agentes causales, que seguramente producen también la multitud y los hechos que indudablemente hay que atribuir á ella. El principio de la sugestión, que parece tener aplicación en este campo, es responsable de tantas cosas más profundas, que suponer todo esto abandonado á la acción caprichosa del mismo principio en los movimientos casuales de las multitudes, sería refutar nuestro conocimiento con nuestra ignorancia.

154. Después de este examen de las teorías que hacen de la forma extrema de la sugestión y de la incoherencia social la fuerza reguladora de la teoría propiamente social, podemos volver á un examen más positivo del lugar que estos fenómenos ocupan realmente en la vida humana. Este lugar es evidentemente el de una consecuencia, un producto secundario, incidental, del movimiento general que da cuerpo al progreso de la sociedad.

Si, como hemos dicho, la clase de conciencia temporalmente sugestiva que se ve en la multitud no es la forma original, ni la final de la asociación social, debe estar entre estos dos extremos y representar una fase del desarrollo social. Cuál sea esta fase y cómo se produce es cosa fácil de ver. La emoción de la sociabilidad, como todas las demás emociones, tiene su especie normal de excitante; y cuando éste se presenta en grados extremos, el movimiento emocional á su vez debe ser extremo. La presencia de las personas es el excitante social normal, y los grados extremos del influjo social obran naturalmente sobre un hombre cuando éste se ve rodeado, sujeto y detenido en su pensamiento por la multitud. La vida mental normal de un hombre puede paralizarse por

una sobre-estimulación de cualquier clase. Amenazarle con una calamidad material próxima, y «pierde la cabeza»; darle una causa excesiva de alegría, y se «volverá loco» de placer; haced que un objeto de envidia, de celos, de remordimiento, de arrepentimiento, ocupe su espíritu con demasiada intensidad ó con demasiado exclusivismo, y sus procesos de raciocinio, su memoria, su resolución,—en suma, todos aquellos aspectos sanos de su vida mental que le hacen hombre—quedarán temporalmente alterados. Se trata sencillamente de la exageración de lo normal. Uno de sus elementos en su grado máximo domina al hombre por completo.

La especie de influjo social, que una multitud ejerce sobre cada uno de sus miembros, es precisamente la misma. El requerimiento más amplio de la vida social—la cooperación, con la suspensión, en cierto grado, del interés y del juicio particulares en servicio de un punto de vista social más amplio—se refuerza; pero las exigencias llegan á un punto extremo. La suspensión del juicio se convierte en inhibición del pensamiento personal; la cooperación exigida por la vida social, se convierte en la locura del crimen social; y los hechos del individuo no son ya suyos, sino de la multitud. Así, la serie entera de estos hechos, que en efecto son tan notables, puede explicarse por la teoría que los considera como exageraciones de los procesos en que descansa la verdadera sobriedad y equilibrio del hombre social. Si el hombre no fuese en modo alguno capaz de recibir las sugerencias sociales podría vivir sólo en una cueva, y alejar de sí á su compañero el hombre. Pero si sale de su prisión del individualismo á la tierra prometida de la cooperación por medio del influjo social mutuo, debe estar preparado para el desarrollo creciente del nuevo sentimiento que su libertad social le produce. Cuanto más social se haga y más valioso sea el fruto de su cooperación como miembro de las instituciones, mayor será el peligro de descargas excesivas sobre los nuevos caminos cuando las condiciones de los estímulos sean artificia-

les, y mayores salvaguardias debe levantar alrededor de sus instituciones para protegerlas contra sí mismo (1).

La analogía con el espíritu de cada individuo es instructiva. Para pensar, cada uno necesita un cierto impulso emocional, cierto interés suficiente, un sistema hacia el cual se sienta uno empujado; pero estas mismas cosas, el aspecto emotivo del pensamiento mismo, es lo que en ocasiones suplanta á la razón, le conduce á los excesos de la pasión ó lo recluye en una casa de dementes. Así, el pensamiento social, el sistema normal de progresos, tanto en el proceso creador como en el conservador de la historia, debe tener esa especie de impulso emotivo que llamamos sugestión social; pero á él, cuando rompe los frenos y se convierte en una función sin objeto, debe la historia sus cataclismos (2).

155. Con esta explicación de las más salvajes y desenfrenadas demostraciones, que los hombres á veces ofrecen cuando obran en colectividad, podemos ver también la razón de las obsesiones más parciales y semi-razonables que afligen

(1) La explicación que da Sighele de la tendencia de la multitud á la acción de un tipo inferior, es la de que entre todos los individuos se forma una especie de capacidad media (*La Foule criminelle*, pág. 63). Pero si esto fuera cierto, tan raro sería en las multitudes el exceso de crímenes como las grandes virtudes.

(2) Podrían citarse casos interesantes tomados de la vida de los animales más sociales, para demostrar que en ellos esta acción de la masa es una desviación de su vida normal. La siguiente cita de Hudson, referente á la acción violenta de un rebaño sobre sus miembros más débiles, viene á confirmar nuestra opinión.

«El instinto es, por consiguiente, no sólo inútil, sino verdaderamente perjudicial; y por esto la acción del rebaño que destruye á uno de sus miembros, no debe considerarse como un instinto propio, sino más bien como la aberración de un instinto, un error en el cual caen á veces los animales cuando se sienten excitados á la acción en circunstancias inusitadas. La primera cosa que nos llama la atención, es que en estos movimientos salvajes anormales de los animales sociales, obran éstos en contradicción violenta con el tipo total de su vida—y con todo el cuerpo de los instintos y hábitos que les han permitido vivir juntos en comunidad». (*Nat. in La Plata*, pág. 340 y sigs.)

á la sociedad. La tendencia social á obrar precipitadamente por entusiasmo, á adoptar la novedad que más insiste sobre nuestra atención y que se recomienda más ruidosamente,— esta tendencia, la utiliza fácilmente el charlatán y el agitador, cuya única esperanza es el proselitismo en masa, cuando la fuerza del ejemplo de unos cuantos satélites lleva la fuerza poderosa de la sugestión á la multitud irreflexiva. Por esta razón la práctica de la demagogia es mucho más antigua que la teoría. Y además, hay siempre líneas de influjo social marcadas acá y allá en la literatura, en la misma teoría social, en las luchas de los partidos políticos, que ofrecen un tejido completo de sugestiones al espíritu popular. Todas estas cosas en la medida en que paralizan el juicio individual, apagan su pensamiento ó apelan á su inercia intelectual son, en realidad, sugestiones hipnóticas, cuyos efectos explica suficientemente el carácter general de la vida social misma abierta á los influjos personales.

156. II. El otro elemento de la emoción social que estamos examinando, se encuentra en el instinto del juego. Hemos expuesto el carácter de esta clase de fenómenos en un capítulo anterior y señalamos allí su valor en la vida primera del niño. Fácil es ver que por medio del juego el niño no solo adquiere el hábito de sociabilidad por los medios y en los grados normales que su vida después exige, sino que aprende también á entregarse al espíritu social. En los juegos se encuentra casi siempre lo contrario que en la acción de las multitudes. El impulso imitativo se desarrolla bajo la dirección del ejemplo y la intervención de los niños mayores más dominantes. Las lecciones del dominio de sí mismo se oponen á las de la acción en masa y de la sugestibilidad espontánea. Cualquiera que observe los juegos de un grupo de niños en el jardín escolar ó en las calles, verá que solo una pequeña parte de los movimientos del juego obedecen á un plan constante y bien determinado. Empezado el juego se convierte, casi todo él, en una serie de *coups et contre-coups* entre los jefes de los jugadores; los demás siguen la or-

den y el ejemplo de aquellos pocos. Cuando un jefe grita, la multitud grita también; cuando pelea, la multitud pelea. Todas estas acciones sociales tienen mucho valor para la disciplina de los asuntos sociales serios; pero también preparan para los excesos de la emoción social. Muchas cosas podrían decirse, á mi juicio, sobre la tendencia de los adultos á reunirse y á obrar juntos por las excitaciones del juego (1).

157. Dos observaciones generales para poner término á este asunto. La misma relación que existe entre el cumplimiento de la ley y la acción social reflexiva, de un lado, y la acción explosiva de la multitud, por otro, existe también en los impulsos del individuo. Puede uno sentarse entre un auditorio, como lo ha hecho muchas veces el que esto escribe, durante una excitante arenga política ó religiosa y tratar de mantenerse frío é impasible. Entonces se convencerá de que aun cuando se tenga por razonable, no es más que una criatura cuya sugestibilidad social tiene raíces más profundas que su facultad de dominarse á sí mismo. Siente, á despecho suyo, y con gran descontento de sí, que la marea de la excitación social se levanta en su interior, y los latidos de su pecho le demuestran que puede haber un orador capaz de vencer su resistencia. Siente que su base solo se mantiene mientras está lo bastante aislado para conservar sus procesos intelectuales al abrigo de las emociones sociales que se están agitando á su alrededor.

Otra consideración, acerca de este asunto general, parece de alguna importancia. Es, que esta relación de las dos tendencias que encontramos en el individuo y en la comunidad, pueden variar indefinidamente por el exceso de un factor y la deficiencia del otro. Todos nosotros podemos indicar individuos que caracterizamos como sugestibles y emocionales.

(1) El influjo social del juego debería ser tratado por alguno de los autores que han escrito sobre los juegos humanos; recomiendo la idea al distinguido autor de la obra *Die Spiele der Menschen*. (Idea ahora ya realizada por el Prof. Gros, *The Plaid of Man*.)

Son rápidos en apoderarse de una sugestión, de una moda, de una opinión, van con la multitud; están tan dominados por la ilusión evidente de la independencia de su juicio, que nos hacen sonreír á sus espaldas. En oposición á éstos, conocemos individuos que son tan amigos de contrariar como un niño terco; hombres que quieren ser originales, *cælum ruat*. Y quizás es tan frecuente la ocasión de observar que hay diferencias análogas en las comunidades sociales, originadas por estas características individuales. Una sociedad puede ser frívola, excitable, sugestible; ó flemática, estólida, inerte. Las razas latina y germana son muchas veces colocadas en esta contraposición.

§ 6.—CONCLUSIONES PARA LA TEORÍA SOCIAL

158. Después de este examen de las emociones é impulsos que obran sobre el individuo social, podemos ahora resumir las conclusiones generales á que nos ha conducido el examen de su vida emocional. Estas conclusiones pueden exponerse de un modo algo parecido al siguiente:

1) Los comienzos de la vida social se encuentran en los animales. Esto lo prueba, no solo la vida emocional de los animales, sino también las expresiones emocionales heredadas por el niño (v. gr., la timidez y la simpatía) que se refieren indudablemente á una ascendencia animal. Podría llamarse á esta vida social «instintiva».

2) Hay un momento de la vida social que es, por decirlo así, «espontáneo». Procede simplemente del impulso social, considerado como una tendencia á la acción cooperativa, que nace de nuestros primeros instintos sociales. Señala un primer grado en la cultura social humana, cuando las artes de la paz y las formas rudimentarias de la convención social se mostraron útiles y sirvieron como de fundamento á un desarrollo social más amplio basado en la inteligencia reflexiva. Este período se muestra de un modo prominente en ciertos grados de las reacciones de modestia en los niños y en los jóvenes. Por el lado antropológico, lo confirma la existencia

de pueblos primitivos amantes de la paz, con los modos de actividad cooperativa que se observan en sus empresas industriales y en sus ritos y sports.

3) Las expresiones emocionales del niño y del adulto indican un ulterior desarrollo, que no basta explicar la mera sociabilidad espontánea. Está señalado por la adopción, con ciertas modificaciones de las reacciones emocionales de los períodos espontáneo é instintivo, por lo cual se ve de un modo indubitable su origen; pero esto sirve como de introducción á un período posterior, que en el desarrollo del niño tiene su base en la conciencia de sí mismo. Son muy llamativas entre las demostraciones emocionales que caracterizan este período, las expresiones modificadas de modestia y simpatía que acompañan á la conciencia de sí mismo. Este período, es el «reflexivo».

4) El impulso general de la sociedad, común á todas las manifestaciones de la vida cooperativa, produce por sí mismo una emoción que aparece en el fenómeno de la «imitación plástica», y que alcanza su forma extrema en la acción de las multitudes. Este es un indicio de que la sociabilidad obra por imitación más bien que la causa de esa imitación ó que su producto principal (1).

(1) Esto contradice directamente la opinión (Ball) de que mi crítica de la acción de las multitudes contradice mi teoría de la organización social (véase en esta tercera edición la nueva sección 334 que define el papel de la imitación).

CAPÍTULO VII

Su inteligencia (1).

El examen precedente de la dotación instintiva emocional del individuo social, ha revelado la presencia en él de algo que no está expresado adecuadamente en las formas de los reflejos heredados. El desarrollo del niño nos ha mostrado también sus progresos, desde sus reacciones heredadas hasta una esfera superior de invención y educación de sí mismo, á la cual hemos dado el nombre de «reflexiva». Todas estas pruebas de un elemento superior humano que prolonga, utiliza y gobierna las facultades de su naturaleza orgánica, y que regula las reuniones de hombres para actos razonables de naturaleza cooperativa, nos invitan á un examen más directo. Convendrá, en primer término, tratar de llegar á una comprensión de la naturaleza y esfera de acción de esa inteligencia, para desentrañar después más especialmente lo que significa en la vida social.

§ 1.—NATURALEZA DE LA INTELIGENCIA

159. No nos podremos detener mucho tiempo en el primero de estos puntos, porque pertenece á la psicología teórica, y porque algunas obras recientes nos han dado los prin-

(1) El objeto de este capítulo no es más que dar algunas observaciones empíricas acerca de la naturaleza social y usos de la inteligencia.